

Cultura y Espectáculos

EDUARDO MENDOZA / Escritor

«El nacionalismo tiene efectos limitadores e inhibitorios»

El novelista cree que en la actualidad «las editoriales publican muchísimo con la esperanza de que entre tanta pescadilla, caiga una lubina»

EVA MUÑOZ

Santander- Eduardo Mendoza impartió en la UIMP el curso «Lecturas formativas o el arte de subir y bajar una escalera». Y no cabe duda de que se gana el sueldo. Tras tres horas de clase, apenas interrumpidas por una pausa que es aprovechada por sus alumnos para aclarar dudas o pedir autógrafos, consigue hablar con él y a mi vez le robo unos minutos de su hora de la comida antes de las siguientes tres horas que le esperan por la tarde. Pese a todo, y aunque con gesto cansado y algo presuroso, conversa con la afabilidad que le caracteriza, cuidadoso a la hora de elegir las palabras, y esa sonrisa que en sus novelas se traduce en humor e ironía.

—Habla usted hace un par de días del periodismo como fuente de innovación de la novela actual.

—Yo hablaba del periodismo en la medida en que lo que cuenta es verdad. Esa es su característica fundamental. Y esa característica, aparte de otras formas técnicas y agilidad propias de la escritura periodística que siempre van bien a una novela que tiene tendencia a engordar, la aprovecha la novela para el juego de la verdad y la mentira. También creo que la inmediatez del periodismo está influyendo mucho en la novela, que por inercia tiende al «érase una vez».

Imaginación- ¿Y qué autores cree que están innovando en el panorama nacional o internacional?

—La pregunta tiene difícil respuesta porque yo creo que muchas innovaciones no las vemos hasta que ya han pasado. Hay casos muy emblemáticos de este juego de la verdad y la mentira al que me refería. «Soldados de Salamina», como ya dije, es modélica en este aspecto. Otra persona que juega muy bien con la verdad y la imaginación, con el ensayo y la novela, es Javier Marías. Hay una leve novela, una trama novelesca que se puede interrumpir para incorporar otras cosas.

—¿Cree que hoy se publica en exceso?

—Sí, eso es verdad. Antes las editoriales tenían un sello y se podía

comprar un libro sin tener ninguna referencia, sólo porque llevaba la garantía de la editorial. El sistema ha cambiado, yo creo que por razones materiales. Antes, editar un libro era muy caro. En estos momentos es bastante barato comparado con gastos como los de publicidad, y, al mismo tiempo, es imprevisible lo que va a pasar con un libro. Así es que, ya que es barato, las editoriales optan por publicar muchísimo, con la esperanza de que, entre tanta pescadilla, pues caiga una lubina estúpida.

—¿Comparte las opiniones expresadas recientemente por Azúa, Espada, Boadella, etcétera, en el manifiesto a favor de un nuevo partido político en Cataluña?

—Creo que hay muchas cosas en el manifiesto que responden a la realidad. Otra cosa es la valoración de conjunto, no tanto lo que contiene el manifiesto como la interpretación que se le ha dado. Yo no creo

En primera persona

Tras ingresar en la ONU como traductor, este abogado y escritor catalán, de 62 años, alcanzó el éxito en su primera novela, «La verdad sobre el caso Savolta» (1975) que, en clave de novela negra, trazaba un corrosivo análisis de la realidad económica, política y social del momento. «El misterio de la cripta embrujada» (1979) y «La ciudad de las prodigios» (1986) afianzaron su trayectoria como uno de los escritores españoles más destacados. A mediados de los ochenta formó equipo con Miguel Narros para poner en escena «Sueño de una noche de verano», traducida por el propio Mendoza. En 1991, se anotó otro éxito con su novela «Sin noticias de Gurb». Tras explorar nuevas vías narrativas en «La aventura del tocador de señoras» (2001) y publicar su ensayo «Baroja, la contradicción», su última novela ha sido «El último trayecto de Horacio Dos» (2002), una fábula ambientada en el espacio.

que el manifiesto diga que la convivencia entre el catalán y el castellano esté en peligro. Creo que simplemente dice que hay un sector del electorado catalán que no está debidamente representado por los partidos actuales, bien porque los partidos de su tendencia política han adoptado un sesgo nacionalista, bien porque los que no lo han adoptado tienen una tendencia política que no comparte ese sector del electorado, y que convendría que surgiera un nuevo partido político. Dicho esto, los firmantes del manifiesto son muy buenos amigos míos y personas con las que tengo un trato cotidiano y cordial, y no quiero desentenderme ni despegarme de ellos.

Terrorífico. —¿Cree que hay un sesgo excesivamente nacionalista en la actual política cultural catalana?

—La política cultural ya es un término que me parece terrorífico. En el momento en que hablamos de política cultural, quiere decir que hablamos de política. Y por lo tanto, si en este momento la política tiene un sesgo nacionalista, la cultura y la política cultural tienen un sesgo nacionalista. Este sesgo nacionalista tiene dos vertientes. Una es el contenido y otra es la lengua, y muchas veces se mezclan. Por ejemplo, que el Teatro Nacional de Cataluña sólo estrene obras en catalán no es lo mismo que sólo estrene obras que traten de un determinado tema. Y si es el Teatro Nacional de Cataluña, pues es lógico, ya que se hizo para eso, que la mayoría de su programación, no toda, sea en lengua catalana. Siempre hay sectores que fomentan el conflicto para sacar beneficio. Esa es la parte que me parece mal tanto de la política nacionalista como de la que se le opone. Dicho esto, pues sí, realmente, el nacionalismo como eje político tiene efectos limitadores e inhibitorios.

—¿Estamos demonizando al Islam?

—Savater hablaba justamente el otro día de que, a veces, creyendo ser muy tolerantes, lo que somos es muy paternalistas. No sé por qué tenemos que condenar o absolver al Islam como si nosotros tuviéramos potestad para decir «haces bien o



Nacho Cubero

Islam

«Me da igual que sea bueno o malo, pero en determinadas actitudes choca con mis principios»

haces mal hijo mío». Creo que tenemos que expresar nuestra opinión y ser fieles a nuestros principios. No imponerlos, no quemar a nadie en la hoguera, pero tampoco renunciar a ellos. Es decir, me da igual que el Islam sea bueno o malo, pero en determinadas actitudes estoy total-

Manifiesto catalán

«Hay un sector del electorado que no está debidamente representado por los partidos actuales»

mente en contra porque choca con mis principios. Creo que la discriminación de la mujer que hace el Islam está mal, y que cortarle una mano a alguien por robar una cartera, pues también está mal, y me niego a ser tolerante y comprensivo con ello.